DAME TU A

1
233711



BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

10 cénts.

1
233711

47 | 1505157

Dame tu aliento

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

I

—Aparta las piernas y ciñete, mujer.
—No puedo ahora.
—Pero ¿quieres aprender a nadar, si, o qué?
—Si, quiero, pero tengo calambre.
—¿Donde?
—En este muslo... ¡Tócame!
—¡Anda! ¡La nalga! Te masagearia, pero...
—¡Frota! Para eso eres bañero...
—Es que si te froto aqui, me repercute a mi acá.
—¿Donde, hijo?
— ¡Dame la mano!
—¡Ah! Ya... Si que tienes tú talentazo, Gorio.
—¡Repuñales. ¿Cuánta gente en la playa enfocándote tus encantos?
—Déjales... que disfruten,

R. 3224097

—Cuidado que eres frescota, hija.

—Se hace lo que se puede... ¡Oh!

—¿Qué pasa ahora?

—Que se me ha salido el izquierdo y tú tan neutral... sin avisarme.

—Déjales «que disfruten». Son tus palabras. Yo ya me había percatado, pero...

—Es que por uno de mis pechos conquisté el año pasado, aquí mismo, al conde mi falso marido actual.

—¡Demonio! Si es corto de vista.

—Sí; pero largo de dedos. Y me los sobaba, uno después del otro, ¡con una gracia! ¡y me daba unos gustitos!

—¡Anda, como te pones!.. Apoya tus caderas en mi vientre ahora.

—¿Voy bien?

—¡Más! ¡Más! ¡Oh! ¡Celia!.. ¡Celita!

—No puedo más... Entre las olas que vienen y van...

—Y a mi que me van y me vienen.

—¡Azúcar! ¡qué cosa!

—Las olas esas, mujer. Las de la mar que a mi me resultan «La Mar... y morena»—título de mi academia de natación para señoras solas.

***

—Suelte la cuerda, doña Rita... que es para todas!..

—Es que el oleage me atiza de lo lindo.

—¡Aguántese!

—¡Oh! que traje tan lindo. ¿No es demasiado ceñido?

—¡Es la moda!

—Pero ¿la moda en bañadores también?

—Ni más ni menos, como en bañeros.

—Sí ya sé ¡Ay!

—Suspiritos... ¿También a usté le gusta, eh?

—Más que la hidromiel y la mermelada.

—Pues si yo lo pudiera secuestrar a ese Gorio, ese ídolo de las bañistas; primero le metería una paliza que le dejaría deslomado y luego me lo «anexionaría» apretujándole contra mi seno.

—Que es eburneo y fuerte, dícho sea de paso.

—Es favor, Usted tiene menos que yo.

—Es que no les doy masage a mis pechos como a los de Vd. que ya sé que se los cuida mucho.

—¡Oh! Y mis brazos y mis piernas. Repare usted, Rita.

—¡Oh! qué preciosidad. ¡Qué muslos tan blancos!

—¿Mira alguien?..

—No hay peligro... ¿Qué más?

—Mi esfera ¿me la ve usted bien?

—Vaya un volumen y un...

—Pues también me le cuido mucho. No hay más, hija, son nuestras «armas». El conquistar a esos malditos hombres cuesta cada día más... Y de ese vientre ¿que me cuenta usted?

—Que es un vientre... ideal... Pero ¿vamos a nadar un poquito?

—Si... A ver si pescamos...

— ¡Que! ¿alguna sardina?

—O algún besugo, ya veremos.

—Gorio si que enseña bien a nadar. Con qué delicadeza la toma a una por encimita mismo del ombligo y ¡hala! ¡hala!

—¿Así querida?

—¡Ah! Sí. Apoyeme bien.., ¡Oh! Imita a Gorito que es un primor.

—Soy su discípula preferida... ¡A nadar se ha dicho!

—¡Pues a las ondas!.. ¡Up!

II

Aquel magnífico y tan popular bañista de Trouville, encantador muchacho, el juguete de las damas, había ido allí con una misión diplomática de su jefe el embajador de Silistria (Europa central).

Gregorio del Olmo Vera, un elegante,

un pollo smart; no halló mejor medio de disimular el verdadero de su excursión a las costas francesas que tomando el cargo de bañero y le desempeñaba tan a gusto de la rica y aristocrática clientela que ésta aumentaba de día en día y el bonito truco de su academia de natación «La Mar-y-morena», proporcionábale expléndidos resultados.

Pero las cartas que pertenecían al príncipe Ladislao de Silistria y que éste había dirigido, en momentos álgido de pasión, acometedora cuanto fugaz y alada, a una célebre danzarina del *Valland Palace* de Filadelfía.

La artista conocida por todo el mundo con el eufónico sobrenombre de *Bibiche*, pululaba por las playas de moda, siempre en épocas de baños; y allá en Trouville, hacíase remarcar por su desenfado y libres maneras en el vestir, en el bailar, en el vestir, en el modo de bañarse y en cuantos medios de exhibición estaban en boga en la célebre playa.

Las cartas las había olvidado ella en Monte-Carlo en el Diamand Hotel, como sin darlas importancia alguna; allá advirtió le guardaran su habitación, donde conservaba dichos preciados escritos principescos.

Oigamos ahora un diálogo entre el delegado diplomático (el falso bañero) y Bibiche. Este *tète a tète*, en la linda *terrasse* del Hotel, cercano a la playa.

—¿Has visto mis fotografías en traje de baño, Gorito?

—De sobra me se de memoria, las formas de la señorita.

—De «memo», nada más: ¿tienes así bastante?

—Y usté una horizontal que en ese escandaloso *colland* la pone vertical a cualquiera.

—¿Vertical yo? ¡Y qué!

—Nada: todo es «geometría» de playa. *Curvas* que veo en su posterior deleitable, sostenido por esos muslos de diosa en huelga; *senos* y *cosenos* sus pechos divinos.

—Y ¿qué más?...

—¡La que *quemas* eres tú... Bacante! Y dime es con el príncipe Ladislao con el que adquiriste tanta boga como sinvergüenzería?

—Con él y con todos... Pero Ladislao era muy rumboso, muy guapo y caballeroso... pero de momento tú eres mi ideal.

—Yo pago mis caprichos, nena.

—¿Cuánto?...

—Diez lecciones gratis de natación... amén de un viaje gratis por el mar en un

bote salvavidas.

—¿Y en el mar ya?

—¡Oh! Allí, entre los dos azules elementos gran mezcla de nuestros elementos placenteros. ¡El acabóse de la descoyuntación!...

—Acepto... Pero no me pidas más mis cartas del príncipe.

—¿Por qué razón, perversa?

—Cuando me venga en gana de ello. Enterados y a otra cosa.

—¡Bibiche! ¡Serás mía!...

—Ya lo sabes... Trato hecho...

***

Así, despidiéronse, sin otras palabras.

A Bibiche traíala la intrigadilla la duplicidad que observaba en aquel hañero singular, de maneras tan distinguidas, y con aquella musculatura tan vigorosa, que ella comprobaba de contínuo, a solas con Gorio, entre el líquido, cuando él usaba el elegante semitraje de punto de seda: otra rareza para un bañador vulgar (que ya sabemos distaba mucho de serlo nuestro diplomático).

Aquella misma noche, Gregorio del Olmo, intentaría una audaz maniobra, en el mismo cuarto ocupado por la gentil artista, con objeto de probar si ponía la mano de una vez encima de las codiciadas es-

Oigamos ahora un diálogo entre el delegado diplomático (el falso bañero) y Bibiche. Este *tète a tète*, en la linda *terrasse* del Hotel, cercano a la playa.

—¿Has visto mis fotografías en traje de baño, Gorito?

—De sobra me se de memoria, las formas de la señorita.

—De «memo», nada más: ¿tienes así bastante?

—Y usté una horizontal que en ese escandaloso *colland* la pone vertical a cualquiera.

—¿Vertical yo? ¡Y qué!

—Nada: todo es «geometría» de playa. *Curvas* que veo en su posterior deleitable, sostenido por esos muslos de diosa en huelga; *senos* y *cosenos* sus pechos divinos.

—Y ¿qué más?...

—¡La que *quemas* eres tú... Bacante! Y dime es con el príncipe Ladislao con el que adquiriste tanta boga como sinvergüenzería?

—Con él y con todos... Pero Ladislao era muy rumboso, muy guapo y caballeroso... pero de momento tú eres mi ideal.

—Yo pago mis caprichos, nena.

—¿Cuánto?...

—Diez lecciones gratis de natación... amén de un viaje gratis por el mar en un

bote salvavidas.

—¿Y en el mar ya?

—¡Oh! Allí, entre los dos azules elementos gran mezcla de nuestros elementos placenteros. ¡El acabóse de la descoyuntación!...

—Acepto... Pero no me pidas más mis cartas del príncipe.

—¿Por qué razón, perversa?

—Cuando me venga en gana de ello. Enterados y a otra cosa.

—¡Bibiche! ¡Serás mía!...

—Ya lo sabes... Trato hecho...

***

Así, despidiéronse, sin otras palabras.

A Bibiche traíala la intrigadilla la duplicidad que observaba en aquel hañero singular, de maneras tan distinguidas, y con aquella musculatura tan vigorosa, que ella comprobaba de contínuo, a solas con Gorio, entre el líquido, cuando él usaba el elegante semitraje de punto de seda: otra rareza para un bañador vulgar (que ya sabemos distaba mucho de serlo nuestro diplomático).

Aquella misma noche, Gregorio del Olmo, intentaría una audaz maniobra, en el mismo cuarto ocupado por la gentil artista, con objeto de probar si ponía la mano de una vez encima de las codiciadas es-

quelitas.

Y así mismo realizó, en parte su plan.

Luna llena arriba en el horizonte.

«Luna llena», abajo... La de la preciosa Bibiche, durmiendo boca abajo en su lecho, en el hotel. Costumbre algo excéntrica: pero que se explica en una artista tan excéntrica como ella.

Su *luna*, pues, lucía, en todo su esplendor, teniendo por fondo sólo las blanquísimas holandas y la replegada camisa de surah azul marino, con lacitos rojos, que venía a formar como ténues nubecillas que rodeaban el carnal astro.

Ella soñaría en raptos deliciosos, o en algo muy agitado, porque de pronto, tomó su cuerpo la posición supina; sus piernas desnudas del todo se convulsionaban.

Un cuadro realmente atractivo: dislacerante.

Cae, de pronto al suelo una silla... Es recogida por una mano misteriosa.

El desconocido importuno ha cubierto con su pañuelo, la manecilla del conmutador eléctrico: en cambio, él trae una lámpara de vivos fulgores verdososos: estos fulgores iluminan de un modo delicioso las satinadas desnudeces de la bella durmiente, que acaba de despertar sobresaltada.



Suena fuera el rumor misterioso de una sirena de algún lejano buque, de paso en aquellas costas.

Todo contribuye a asombrar a Bibiche: ya despierta desde que se cayera la silla.

Va para mover el conmutador: inútil empeño, como sabemos.

—¡Já, já, já!—risa mefistofélica aunque con sordina.

—¡Quién!... algún gua...

Va a decir «guasón» y no termina la linda artista: una mano musculosa y de dedos suaves, empero, la cubre los sabrosos labios.

—¡Soy el diablo verde! ¿No me ves?—fingiendo él la voz, un tanto aflautadada.

—Y ¿qué pretendes?...

—Llevarte al infierno... a mi infierno particular.

—¡Já, já, já!—ahora es ella la que suelta una leve carcajada, más fingida que expontánea.—¿Se puede saber con quien hablo ¡o llamo! Es que me quieres comprometer, señor Satanás de pega?

—¡Aah! ¡Quiero sólo las cartas del príncipe!

—¡Ah! Eres Gorito... Si me lo temí... Las cartas no puede ser pero... ¡Lección de geometría aquí!...

—¡Por mi farol lo de «verdura»!... Pues

verde soy y verde te voy a poner si tu lección no me satisface.

De momento echóse él encima del apetitoso cuerpo de Bibiche.

—¿Y las cartas?—decía ella... después de la lección...

—Al diablo... Y como el príncipe me viera ahora contigo...

Una doble carcajada, ya franca y sonora, comentó favorablemente la feliz escena nocturna.

—¿No habrá manera de rescatar las deliciosas esquelas, Bibiche?

—Ni rescate ni audiencia. Ya sabes, hijo. Al príncipe nada más: pero en persona.

—¿Ni con un anzuelo de oro y pedrería?

=¿De qué valor?

—De treinta o cuarenta mil francos...

—Están en baja.

—Digo... en pesetas. ¿Hecho? ¿Sí, prenda?

—Lo pensaré. Mañana en mi alcoba, como de costumbre.

III

Por aquello de que «el Conde que paga es el verdadero»; el Conde Valentín de

Garces, que sostenía el lujo, en aquel entonces de la bella y alocada Bibiche, acorrió solícito al deseo de la vibratil artista de cambiar de aires.

«Así al menos»,—pensaba ella con cierto buen sentido—o alejaré a Gorio. privándole de que sepa donde están las cartas de Ladislao... o lograré lo contrario; alcanzar que me siga, ya que aventura con el tenemos... «y no de las que me disgustan».

Salieron, pues, De Garces y ella en el primer tren del medio día para Nice y Monte-Carlo.

Pero Gregorio del Olmo, como buen diplomático, no dejaba escapar sus ocasiones de lucrar y de realizar planes preconcebidos de antemano, conque aumentar el número de sus éxitos...

El propio tren de lujo que deposita en Monte-Carlo a Bibiche y al Conde, dejó allí al intrépido «Gorito», el bañero fingido; quien ya había presentado la dimisión de su poco honorífico—aunque si muy sabroso—cargo, en Treuville.

—¡Gorio! ¡Otra vez tú!

—¡Yo otra vez!.. ¡Pues que te figuraste!.. ¡No sabes que eres mi reina!.. Los subditos y sobre todo los palatinos, como yo siguen a todas partes a sus monarcas.

—¡Pero en mi alcoba! ¡Eres atróz!

—Atróz ¡nada de eso! Amante fiel y lleno de propósitos placenteros con tu cuerpo

—¡Ah! Pero yo...

Un sonoro y apretado ósculo de Gorio en los labios de ella; eso como *vermouth*...

—¡Nenito!.. Que me deshaces mi peinado griego...

—Para peinado griego el que yo te voy a hacer con mi peine especial. Ponte en posición verás. Detrenzate del todo y echate en la cama...

—¡Pero me vas a hacer eso de veras o qué?

—Sí... ¡Chas! ¡Chas!... ¿Ves? Mi peine de concha encima de tus sabrosas posaderas ¡chas! ¡charraschas!

—¡Ah! ¡Que delicia! ¿Me vuelvo ahora de cara a tí?

—Sí; ya tengo el peine y las tenacillas preparadas. Felizmente tu pelo ya es rizado de natural, y un peine...

—En peine... ¡yo te gano! porque cuando me peino sola...

—Es muchísimo mejor entre dos. A más de buen bañero, Gorio te va resultando un peinador ideal ¿no opinas?

—Idealísimo... ¿Pero mi moño te resulta?

—Pequeñito ¡No obstante poblado y espeso. Ahora la raya! Espera...

—¡Ay! Como me cosquillean tus dedos entre el moño...

—Es el peine; no te preocupes... Ni osciles así; de lo contrario, Bibiche amada... ¡Oh! Como me gustan esos pechos túrgidos, apolíneos.

—¡Echa piropos!

—Te echo los que tú quieras... ¡Cielín!...

***

Ante la playa contábanse sus cosas, sus impresiones; el Conde les acompañaba amenudo.

—¿Has jugado Bibiche?

—Nada. Dos mil francos. Los he perdido admirablemente... Me agrada tanto perder.

—Y a mi ganar con ello—apoya Gorio en voz queda.—Cuando tu pierdes es cuando estás más nerviosa y en amor, los nervios son propulsores de gran magnitud.

—¡Embusterón!—Ella apoyaba una cadera rolliza y fuerte contra una pierna de él, como al descuido.

El Conde, miope de los más completos no se fijaba, ni por asomo.

Ibase ya por las quince mil pesetas (único capital con que contaba) que dejó encima el siniestro tapete de las treinta y cuarenta.

Su mal humor no llegó empero: pues su sangre fría en él era moneda corriente. Llegó de pronto una *lady* fea y larguirucha, la que sin saber porque echó los ojos azules y bellos (lo único que tenía no del todo despreciable en su figura desgarbada) encima de Gregorio. Este sostuvo la mirada y simultáneamente comenzó a hacer jugadas al revés de antes: exactamente el mismo juego de la inglesa recién venida.

—Y ¿ahora no quieres un achuchón de los míos, morucha?

—¡Mal bañero! ¡Es mala hora! pero si te empeñas...

—Ahora es la hora del amor... Nosotros, en todo momento!

—Pues ¡vamos!

A los pocos minutos realizaban entre ambos un cuadro más en aquella coruscante comedia amatoria.

Luego pasaron a la sala de juego.

Dióse Gorito a jugar con un ahinco y una sombra, realmente extraordinaria.

En unos minutos los 15.000 francos prerdidos al principio fueron recuperados por el diplomático. Media hora más tarde abandonaba el gran salón, habiendo embolsado la bonita suma de ochenta y tres mil francos en oro y billetes.

Aquella misma noche, en la alcoba de

la bella Bibiche realizabase el anhelado rescate de las cartas en la forma más inesperada.

—Estás nerviosa, ¡Bibichette!

—¡Sí, mal bicho! ¡No estoy para nada. He perdido otra vez!

—¡Al revés!

—¡Cómo. al révés! Estás en babia.

—En Monte-Carlo... Y en tus brazos... No treinta mil: cincuenta mil te doy por tus manuscritos ¿te hace? ¡Me las vas a entregar!

Ella le echó los brazos al cuello; se le comió el rostro a besucones. Las cartas del príncipe Ladislao pasaron del poder de ella a las manos de Gorito; quien realizaba una de sus operaciones más brillantes.

Un ascenso para el prometido para aquella única ocasión.

Una querida idealmente lujuriante y de fama mundial.

FIN

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

PUBLICACIÓN SEMANAL

LEA USTED LA HERMOSA

COLECCIÓN PLACER

CACHONDA Y SABROSA — CADA TOMITO 10 CTS.

La primera noche de amor.—Suspiros tiernos. Fiebre de amor.—La mujer del prójimo.—Goces supremos —Picardías de novios.—Horas placenteras.—Cariñitos de mujer. — Amor en globo. — Misterios del lecho NO conyugal.—Granujadas amorosas. — Amores crueles. Trapisondas de mujeres. Los amores de Fausto.—Historia de tres amores.—Una boda extravagante. — Sangre ardiente. - Enredillos de hembras. Palomitas tiernas.—El beso del camino. — Un maridazo. -- Las hijas de Venus.--Centro Galante.—Delicias del amor.--La mujer ajena.--La Sabrosa.--Secretillos de alcoba. - La Isla del amor.- Un matrimonio modelo. - La Virgencita. — Las nenas cachondas.—Mujeres tunantes- Canalladas de Cupido.--Travesuras de un conejo.--Diabluras deliciosas. Paquita la blanda.—Lechos voluptuosos. — Don Pepito se las trae.—Toma tripita.—Un catre cachondo.—Los labios de Isabel. —Noches sicalípticas. Mordiscos femeninos. - ¡Venga cadera! El bosquecillo de Venus.—El sexo débil. Una tía sin vergüenza. — Caer de espaldas.—La danza de la popa.—Muslografía física.—Boquitas de piñón. - Ombligos movilizados.— Los agujeros de Trini. —Vahidos sicalípticos.—Las rocas peludas.—Vaivenes caderiles. Memorias de un lunar. La saeta de Cupido. — ¡Vivala faldamenta! — Ajetreos amorosos. - Lamentos de un somier. — Un Canuto libertino.—Las NALGAS marinas. - A punto de caramelo.—¡Vaya cardo!—Los tres besos y medio. El morrongo de Venus.—¡Toma candela! La liga perdida.—Cine placer. - Cositas del querer. - Paraíso del Amor. - El jergón de la dicha.—Cuatro gotas. — Acaparadora de besos.—Toma y daca - Una cama diabólica.—Placeres egipcios.—Piernas alzadas.-Las cosquillas del amor. — Sangresita Serrana — Dame tu aliento.

Publicaciones Alegres — Barcelona - Buenos Aires